

*Laudato si', ¿sólo un discurso “verde”?*¹

Los hermanos Rivero son dos veinteañeros que se criaron en una familia de clase media como tantas de nuestro país. La vida les regaló poder cumplir el sueño de sus padres de ser graduados universitarios. Además, siguen fieles a otro mandato familiar: no estudiaron para “llenarse de plata” sino para hacer del mundo un lugar mejor. Esta vocación de servicio lo llevó a uno de ellos a trabajar en *Greenpeace* y al otro a convertirse en un militante social. En una sobremesa de domingo, a la hora en que el café ayuda a la digestión y surgen las bromas que aflojan tensiones, se escuchó este cariñoso reclamo: “*A éste, para que se entere que existen los pobres hay que traerle a uno disfrazado de pingüino y pintarlo con petróleo*”.

La voz del Papa Francisco, que se yergue desde su encíclica *Laudato si'*, viene como a envolver y resolver esta tensión entre opciones de servicio a la sociedad. Allí propone claramente que actualmente los recursos naturales están siendo explotados a un ritmo peligroso. Y esto no genera “dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental” (LS 139). Todo está íntimamente conectado en la creación de Dios. El ser humano es parte del medio ambiente y su vida está tan amenazada como la de las especies vegetales o animales. Si la ecología es cuidar la vida amenazada en todas sus formas, también debe ocuparse de la vida humana más débil: la del pobre, que es el primero en pagar los platos rotos. Por eso el Papa subraya que es una encíclica que debe contarse en el Magisterio social de la Iglesia (cf. LS 15). Explícitamente aclara que no se trata de un discurso “verde” más, sino que nos insta a “reconocer que un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres” (LS 49).

La encíclica no es sólo una exposición del problema ambiental. Fundamentalmente es una advertencia sobre el rumbo peligroso que está tomando la humanidad y el riesgo que esto supone para la continuidad misma de la vida. Desde allí propone una “ecología integral” que tenga en cuenta que “las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza” (ib.). En otras palabras, los hermanos Rivero vivirían más fecundamente su vocación de servicio si entendieran que el pobre y el pingüino empetrolado son tan hermanos como ellos.

El planteo parte de entender a todas las manifestaciones de vida en una íntima conexión. Esta idea es uno de los ejes de la encíclica (cf. LS 16). El recurso, ya desde el título, a San Francisco de Asís no es sólo una nota piadosa del texto. La vida de este santo es profundamente inspiradora

¹ Publicado en: E. C. BIANCHI, "Laudato si', ¿sólo un discurso “verde”?", *Vida Pastoral* 351 (2016) 16-24

como testimonio de “armonía con Dios, con los otros, con la naturaleza y consigo mismo. En él se advierte hasta qué punto son inseparables la preocupación por la naturaleza, la justicia con los pobres, el compromiso con la sociedad y la paz interior” (LS 10). Su actitud ante la naturaleza no partía de un romanticismo irracional. Menos aun de un frío cálculo económico. Él entraba en profunda comunión con todo lo creado, tanto que se sentía hermano del sol, la luna, el viento y de la “hermana nuestra madre tierra” (LS 1). Sin esta actitud fraterna frente a la naturaleza, que se abre al estupor y la maravilla de la vida en todas sus formas, corremos el riesgo de pararnos ante ella como dominador, incapaces de poner límites a la explotación de sus recursos. “En cambio, si nos sentimos íntimamente unidos a todo lo que existe, la sobriedad y el cuidado brotarán de modo espontáneo. La pobreza y la austeridad de san Francisco no eran un ascetismo meramente exterior, sino algo más radical: una renuncia a convertir la realidad en mero objeto de uso y de dominio” (LS 11).

El pueblo de América Latina, con su gente criolla y sus pueblos originarios, guarda una inmensa reserva de sabiduría en la relación con el medio ambiente. Herencia de pueblos que siempre vivieron de la tierra y que aprendieron a experimentarla como un don, como una madre que les ofrece lo necesario para la vida. El folklore y la poesía latinoamericana dan testimonio permanente de este sentimiento de fraternidad del hombre frente a la naturaleza. Pensemos por ejemplo en la obra de Atahualpa Yupanqui, que rescataba la sentencia quechua “*Runa, Allpa Kamaska*” que traducido significa “*El hombre es tierra que anda*”. O Jaime Dávalos cuando recita su *Vidala del nombrador*: “*Vengo del ronco tambor de la luna, en la memoria del puro animal. Soy una astilla de tierra que vuelve hacia su oscura raíz mineral*”.

La crisis es grave y tiene su raíz en el hombre

Laudato si' es crudamente profética. Mira de frente a la crisis que sufre el medio ambiente y la diagnostica con una severidad que resulta difícil de aceptar desde la comodidad a la que nos acostumbra el mundo moderno. Si bien solemos tener alguna vaga idea de los peligros que conlleva explotar la naturaleza sin tener más límite que la ambición humana o de las injusticias y guerras que se dan por el control de los recursos naturales, son cosas en las que preferimos no pensar o que creemos de consecuencias lejanas. El Papa nos desafía a que tomemos dolorosa conciencia de situaciones que “ya no podemos esconder debajo de la alfombra” (LS 19) y a “atrevernos a convertir en sufrimiento personal lo que le pasa al mundo” (íd.), para buscar desde allí cuál es la contribución que cada uno puede aportar.

Aunque pueda parecer paradójico, la crudeza del diagnóstico se conjuga con un tono de esperanza y alegría. Sus palabras trasuntan el gozo de quien contempla al mundo como una maravilla que Dios le regaló al hombre y la seria preocupación de ver que la humanidad lo está

exprimiendo de una forma irresponsable, al punto que a los más desfavorecidos se les hace imposible la vida y se compromete la existencia de las generaciones futuras. Hacia el final reconoce que su reflexión es “gozosa y dramática a la vez” (LS 246) y dice: “caminemos cantando. Que nuestras luchas y nuestra preocupación por este planeta no nos quiten el gozo de la esperanza” (LS 244).

Para tomarse en serio un diagnóstico hay que buscar la raíz del problema. Francisco la encuentra en el corazón humano. Esta crisis socio-ambiental tiene una raíz humana. Hemos entablado una relación con la naturaleza en clave de dominio que la contradice hasta dañarla. La reflexión se centra sobre todo en lo que llama el “paradigma tecnocrático dominante” (LS 101) y en los efectos que eso causa en nuestra casa común. Esto sin negar los grandes beneficios que los avances tecnológicos trajeron a la humanidad. Más bien se alegra y agradece las soluciones que la ciencia ofrece a innumerables males que dañan y limitan al ser humano. Hasta le reconoce la capacidad de engendrar belleza (cf. LS 102-103). Poco puede entender de la propuesta papal quien piense que se opone al progreso de la ciencia. Lo que busca es que los avances de ésta produzcan un verdadero progreso en la humanidad y no sólo el enriquecimiento de algunos. Por eso nos advierte sobre el poder colosal que detenta el exclusivo sector de la humanidad que controla estas tecnologías. Y nadie nos asegura que lo vayan a usar bien. En este punto conviene leer todo un párrafo para tener dimensión cabal de su advertencia:

“No podemos ignorar que la energía nuclear, la biotecnología, la informática, el conocimiento de nuestro propio ADN y otras capacidades que hemos adquirido nos dan un tremendo poder. Mejor dicho, dan a quienes tienen el conocimiento, y sobre todo el poder económico para utilizarlo, un dominio impresionante sobre el conjunto de la humanidad y del mundo entero. Nunca la humanidad tuvo tanto poder sobre sí misma y nada garantiza que vaya a utilizarlo bien, sobre todo si se considera el modo como lo está haciendo. Basta recordar las bombas atómicas lanzadas en pleno siglo XX, como el gran despliegue tecnológico ostentado por el nazismo, por el comunismo y por otros regímenes totalitarios al servicio de la matanza de millones de personas, sin olvidar que hoy la guerra posee un instrumental cada vez más mortífero. ¿En manos de quiénes está y puede llegar a estar tanto poder? Es tremendamente riesgoso que resida en una pequeña parte de la humanidad” (LS 104).

El peligro del paradigma tecnocrático aplicado a la naturaleza

Aparte de este problema sobre el riesgo que supone tanto poder en pocas manos, *Laudato si'* señala una cuestión aún más profunda: “el modo como la humanidad de hecho ha asumido la tecnología y su desarrollo *junto con un paradigma homogéneo y unidimensional*” (LS 106). La tecnociencia se basa en el método de experimentación, que es en sí posesión, dominio y

transformación. Traspasar ese modelo de relación a la naturaleza, considerarla un objeto técnico, subvierte las relaciones naturales y genera todo tipo de desequilibrios. Si bien siempre existió la intervención humana en la naturaleza, no es lo mismo plegarse a las posibilidades que ésta ofrece que imponerle un ritmo antinatural. Según Francisco, aplicar este paradigma tecnocrático a la naturaleza lleva a querer “extraer todo lo posible de las cosas por la imposición de la mano humana, que tiende a ignorar u olvidar la realidad misma de lo que tiene delante. Por eso, el ser humano y las cosas han dejado de tenderse amigablemente la mano para pasar a estar enfrentados” (LS 106).

Este modo de tratar a la naturaleza como una máquina inagotable lleva fácilmente a la falacia de pensar que es posible un crecimiento económico ilimitado. Esto “*supone la mentira de la disponibilidad infinita de los bienes del planeta, que lleva a «estrujarlo» hasta el límite y más allá del límite. Es el presupuesto falso de que existe una cantidad ilimitada de energía y de recursos utilizables, que su regeneración inmediata es posible y que los efectos negativos de las manipulaciones de la naturaleza pueden ser fácilmente absorbidos*” (íd). El sistema económico y político mundial tiende a estar dominado por este paradigma tecnocrático. La imposibilidad de “humanizar” este paradigma radica en que los avances de la ciencia, están más al servicio de las ganancias de quienes los impulsan que al servicio de la humanidad. “La economía asume todo desarrollo tecnológico en función del rédito, sin prestar atención a eventuales consecuencias negativas para el ser humano” (LS 109).

El clamor de la tierra y el clamor del pobre

Un sistema de producción basado en la sobreexplotación de los recursos naturales, además de producir un daño en el medio ambiente genera un enorme problema social. Los emprendimientos de extracción masiva necesitan el control del territorio que guarda esas riquezas. Generalmente esas tierras no están deshabitadas, sino que en ellas viven pueblos pobres que se ven envueltos en batallas totalmente desiguales. Tal vez el ejemplo más patente que tenemos de esto en América Latina esté en la Amazonia, que guarda en sus entrañas infinitas riquezas y gran cantidad de pueblos. La imperdible película *Descalzo sobre la tierra roja* presenta un retrato de los sufrimientos de los campesinos sin tierra del Amazonas y la lucha de don Pedro Casaldáliga. Bajo esta luz, comprendemos que no es una simple metáfora la afirmación de Francisco: “esta economía mata” (*Evangelií Gaudium* 53). En su discurso a los Movimientos Populares en el Vaticano decía: “*Me preocupa la erradicación de tantos hermanos campesinos que sufren el desarraigo, y no por guerras o desastres naturales. El acaparamiento de tierras, la deforestación, la apropiación del agua, los agrotóxicos inadecuados, son algunos de los males que arrancan al hombre de su tierra natal*” (28/10/2014, www.vatican.va)

También en nuestro país abundan los ejemplos de avasallamientos a poblaciones campesinas por el control de los recursos naturales. El desmonte en provincias como Santiago del Estero, Salta o Chaco es un drama cotidiano. Familias que llevan varias generaciones viviendo en el monte reciben ofertas para comprar sus tierras a precios ínfimos. Quienes no aceptan reciben visitas cada vez más intimidatorias y sufren “problemas” con su ganado y sus cultivos, hasta que terminan por dejar sus casas y se van a engordar los cordones de las grandes ciudades. Después se alambra un gran sector, se colocan guardias armados para controlar los perímetros y llegan enormes máquinas que son capaces de cortar de cuajo los quebrachos. “Lo que más me duele es que toda esa leña la queman, ni siquiera nos dejan entrar a sacar un poco” decía una campesina vecina de uno de estos emprendimientos. Cuando se termina el desmonte se siembra la soja que dará sus frutos sólo por un puñado de años. El resultado final son campos agotados y prácticamente desérticos y ciudades insalubres con grandes bolsones de pobreza. Sufre la tierra, sufren los pobres, se enriquecen unos pocos. Basta dedicar cinco minutos en internet para encontrarse con imágenes desgarradoras.

El agua y la dignidad de los pobres

Si se habla del control de los recursos naturales es inevitable un párrafo sobre el acceso al agua potable. Uno de los bienes más necesarios para la vida humana y del que no se termina de tomar conciencia de su finitud. El nuestro es un país bendecido con grandes reservas de agua dulce. Una de las más importantes del mundo, el acuífero Guaraní, tiene el 20% de su volumen bajo nuestro suelo. Tal vez por eso en muchas regiones lo tratamos como si fuera un bien ilimitado. Ciudadanos de otros países se escandalizarían de nuestras imágenes cotidianas de agua potable surgiendo de mangueras que lavan autos. Sin ir tan lejos, en provincias como Santiago del Estero en el campo una familia vive todo un día con el agua que usamos para darnos una ducha en las ciudades.

El acceso al agua potable se está dificultando cada vez más, especialmente para los pobres. Si bien las ciudades tienen redes de agua, no siempre ésta tiene la calidad necesaria para el consumo humano y los habitantes se ven obligados a comprar agua envasada. Es preocupante que algo tan esencial para el desarrollo de la vida, en vez de ser un derecho humano básico sea un *commodity* de mercado. “El agua embotellada es más cara que el petróleo” se ufana un especialista en la industria alimentaria. ¿Cuál es el próximo paso de una humanidad lanzada en esta dirección? ¿Privatizar el aire respirable?

Laudato si' explica que este esquema de acceso al agua amenaza la vida y la dignidad de los pobres: “en algunos lugares avanza la tendencia a privatizar este recurso escaso, convertido en mercancía que se regula por las leyes del mercado. En realidad, *el acceso al agua potable* y

segura es un derecho humano básico, fundamental y universal, porque determina la sobrevivencia de las personas, y por lo tanto es condición para el ejercicio de los demás derechos humanos. Este mundo tiene una grave deuda social con los pobres que no tienen acceso al agua potable, porque eso es negarles el derecho a la vida radicado en su dignidad inalienable” (LS 30, cursivas en original).

La deuda ecológica del Norte hacia el Sur

El diagnóstico de Francisco no soslaya la inequidad global que se da entre las sociedades más desarrolladas del Norte y las que están en vías de desarrollo en el Sur. A la vez que reconoce que las deudas externas de los países pobres son “un instrumento de control” (LS 52), reclama que se reconozca la “deuda ecológica” que las regiones avanzadas económicamente tienen con las más pobres. Llama a tomar conciencia de que este desarrollo del que disfrutan no podría existir sin los recursos naturales que vienen del Sur. Son varios los ítems que el Papa detalla en el deber de esta deuda. Por ejemplo, los daños provocados por la explotación indiscriminada, realizada muchas veces con tecnologías que ya no son permitidas en el Norte por la alta contaminación que dejan. A esto suma la exportación de basura, “residuos sólidos y líquidos tóxicos” que se hace hacia los países en desarrollo. También pide computar en esta lista “el uso del espacio ambiental de todo el planeta para depositar residuos gaseosos que se han ido acumulando durante dos siglos” (LS 51). Pero lo peor de este injusto intercambio es que el acceso a las materias primas les está prohibido a quienes son sus legítimos dueños por un sistema legal que el Papa considera perverso: “*La tierra de los pobres del Sur es rica y poco contaminada, pero el acceso a la propiedad de los bienes y recursos para satisfacer sus necesidades vitales les está vedado por un sistema de relaciones comerciales y de propiedad estructuralmente perverso*” (LS 52). Pueblos pobres pisando tierras ricas.

La esperanza de un nuevo rumbo

La encíclica no es sólo una letanía de calamidades. Si señala las grietas del planeta y hurga en las causas humanas de esta degradación ambiental es para llamarnos a una acción esperanzada buscando un nuevo rumbo. Es rica en líneas de orientación y acción (cap. V). Y propone una “espiritualidad ecológica” que apueste por un estilo de vida distinto al consumista que se impone como paradigma dominante (cap. VI). Hablando en trazo grueso, pueden agruparse muchas de estas propuestas en dos ideas fuerza: a) recuperar el lugar de la política y la creatividad social y b) cambiar el estilo de vida.

a) Recuperar la política y la creatividad social

Francisco entiende a la política, en la línea de la Doctrina Social de la Iglesia, como la búsqueda del bien común. Como tal, la considera una de las formas más altas de amor al prójimo. En *Laudato si'* nos habla de la necesidad de tener un “amor civil y político” que nos lleve a tener tanto pequeños gestos de cuidado de nuestra casa común como a participar en grandes estrategias que detengan eficazmente la degradación ambiental (cf. LS 231).

Plantea la necesidad de que todos vayamos tomando cada vez más protagonismo en las decisiones sobre el uso de los recursos naturales. Buscar caminos que eviten que las grandes decisiones las tomen unos pocos según sus intereses, en la oscuridad y al amparo del silencio cómplice de los medios de comunicación. En un país como el nuestro, tan rico en recursos naturales, tenemos que ser conscientes de que los mismos cerros y llanuras anohecidas que contempla el poeta buscando el alma de su paisaje, los que dan vida al serrano o al campesino, son los que mira en la pantalla de su computadora un inversor a miles de kilómetros pensando estrategias para obtener las riquezas mineras de esos cerros y la explotación agrícola de sus llanuras. La tarea de la política es crear instancias que impidan que los grandes poderes económicos traten a la naturaleza con la lógica del mercado. Con su acostumbrado tono profético lo explica Francisco: “*«la protección ambiental no puede asegurarse sólo en base al cálculo financiero de costos y beneficios. El ambiente es uno de esos bienes que los mecanismos del mercado no son capaces de defender o de promover adecuadamente».* Una vez más, conviene evitar una concepción mágica del mercado, que tiende a pensar que los problemas se resuelven sólo con el crecimiento de los beneficios de las empresas o de los individuos. *¿Es realista esperar que quien se obsesiona por el máximo beneficio se detenga a pensar en los efectos ambientales que dejará a las próximas generaciones? Dentro del esquema del rédito no hay lugar para pensar en los ritmos de la naturaleza, en sus tiempos de degradación y de regeneración, y en la complejidad de los ecosistemas, que pueden ser gravemente alterados por la intervención humana»* (LS 190).

Es un llamado a combatir la “globalización de la indiferencia” y asumir las responsabilidades que nos caben en el rumbo que está tomando la humanidad. Con la magnanimidad y el coraje de adoptar una actitud de “solidaridad intergeneracional”, que tome al mundo en la lógica del don, como “un préstamo que cada generación recibe y debe transmitir a la generación siguiente” (LS 159). Con creatividad social, para explorar nuevas posibilidades. No se trata de frenar el progreso sino de orientar su energía en nuevos cauces. Buscar caminos para que los mejores esfuerzos de la tecnología no estén en función del consumo sino de resolver los problemas pendientes de la humanidad. Nuestra generación –dice Francisco esperanzado- puede “ser recordada por haber asumido con generosidad sus graves responsabilidades” (LS 165)

Por supuesto que existen “responsabilidades diferenciadas” (LS 170) y que no están a nuestro alcance directo muchas de las respuestas a los grandes males. Pero también es cierto que todos tenemos alguna responsabilidad y que este sistema sólo puede mantener algunas injusticias flagrantes gracias a cierta globalización de la indiferencia que nos narcotiza la conciencia. Decía Francisco en *Evangelii Gaudium*: “para poder sostener un estilo de vida que excluye a otros, o para poder entusiasmarse con ese ideal egoísta, se ha desarrollado una globalización de la indiferencia” (EG 54).

b) Un nuevo estilo de vida

Para soñar con la posibilidad de un cambio de rumbo es necesario engendrar un nuevo estilo de vida. Son muchas las pistas que con gran esperanza ofrece *Laudato si'* en este sentido. Sobre todo en el capítulo sexto. Resulta un bálsamo su lectura después de tantas desgracias a las que nos hacen asomar las páginas previas. Allí nos llama a apostar por otro estilo de vida ya que la “felicidad” que nos propone el paradigma consumista además de poner en riesgo nuestra casa común no nos hace felices. Más bien, nos esclaviza creándonos todo tipo de necesidades innecesarias. “*Tal paradigma hace creer a todos que son libres mientras tengan una supuesta libertad para consumir, cuando quienes en realidad poseen la libertad son los que integran la minoría que detenta el poder económico y financiero*” (LS 203).

Llama a liberarnos de este paradigma y apostar por un estilo de vida más sobrio en el consumo, que evite la “cultura del descarte” y nos haga más hermanos con la naturaleza. Con la sabiduría de disfrutar de las pequeñas cosas de la vida, la naturaleza, el arte, la amistad, y que nos ayude a liberarnos del cíclico hastío con el que nos pagan los objetos de consumo. Bellamente lo expresa cuando dice: “*la sobriedad que se vive con libertad y conciencia es liberadora. No es menos vida, no es una baja intensidad sino todo lo contrario. En realidad, quienes disfrutan más y viven mejor cada momento son los que dejan de picotear aquí y allá, buscando siempre lo que no tienen, y experimentan lo que es valorar cada persona y cada cosa, aprenden a tomar contacto y saben gozar con lo más simple. Así son capaces de disminuir las necesidades insatisfechas y reducen el cansancio y la obsesión. Se puede necesitar poco y vivir mucho, sobre todo cuando se es capaz de desarrollar otros placeres y se encuentra satisfacción en los encuentros fraternos, en el servicio, en el despliegue de los carismas, en la música y el arte, en el contacto con la naturaleza, en la oración. La felicidad requiere saber limitar algunas necesidades que nos atontan, quedando así disponibles para las múltiples posibilidades que ofrece la vida*” (LS 223).

Conclusión

Es imposible abarcar en unas pocas páginas una propuesta tan vitalmente profunda como la de *Laudato si'*. Son muchos los elementos valiosos a los que no pudimos hacer siquiera una referencia. Esperamos que lo compartido sea una motivación para leerla con detenimiento. Quien se compenetre seriamente en su lectura percibirá en su ánimo gozos y dolores emparentados con los que ofrece la contemplación de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Y quedará seguramente con cierta comezón socavándole la indiferencia.

Me siento deudor en este artículo de la inspiradora charla de Luis Ventura “*El servicio a los pobres a la luz de Laudato si'*”, que encontré en Youtube. Y de la obra poética de aquel salteño al que le fue dado escribir versos como estos:

*América, animal de leche verde,
por la gran Cordillera vertebrada,
Hunde el hocico austral bajo del Polo,
y descansa en su fuerza proletaria.
Camina hacia la luz, lenta y segura,
Con el polen del sol en las entrañas,
y su destino torrencial,
fijado está en el tiempo por la Vía Láctea.*

*El hambre, la violencia, la injusticia,
la voluntad del pueblo traicionada,
no harán sino aumentar su rebeldía,
no harán sino apurar en sus entrañas
el hijo de la luz, que viene a unirnos
en una sola espiga esperanzada.
Porque América, tierra del futuro,
igual que la mujer, ¡vence de echada!*

Quique Bianchi

14/4/2016